

**GENERAL GEORGE S.**



**PATTON JR.**

**LA GUERRA  
COMO LA CONOCÍ**

**PRÓLOGO DE  
RICK ATKINSON**



Ediciones Platea

GENERAL  
GEORGE S. PATTON JR.

# LA GUERRA COMO LA CONOCÍ

Comentadas por el coronel  
Paul D. Harkins

Introducción de  
Rick Atkinson

EDICIONES PLATEA

Copyright ©1947 by Beatrice Patton Waters, Ruth Patton Totten, George Smith Patton and Paul D. Harkins.

Copyright © renewed 1975 by Major General George Patton, Ruth Patton Totten, John K. Waters, Jr., George P. Waters, and Paul D. Harkins.

Introduction copyright © 1995 by Rick Atkinson

Published by special arrangement with International Editors Co and Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.

Título original: War As I New It.

Traducción: © Hugo A. Cañete  
(Grupo de Estudios de Historia Militar, [www.gehm.es](http://www.gehm.es))

Foto de portada: General George S. Patton jr., Norte de África, 1943. Cortesía de Historic photo restored in color.

Foto de contraportada: General George S. Patton Jr. tomando un descanso. Autor desconocido. Fotografía de dominio público.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta edición de Ediciones Platea:

1º Edición noviembre 2016

Diseño de cubierta: Javier Ribelles

Derechos exclusivos de edición en español reservados para España.

©2016 Ediciones Platea SL  
Pso. del Limonar 2, 29016 Málaga  
[www.edicionesplatea.com](http://www.edicionesplatea.com)  
[contacto@edicionesplatea.com](mailto:contacto@edicionesplatea.com)

ISBN: 9788494497124

Depósito Legal: MA 1144-2016

Ediciones Platea ha hecho todos los esfuerzos posibles a fin de obtener los permisos pertinentes para introducir en la obra material fotográfico así como mapas actualizados y a color, siendo imposible por impedimentos contractuales con el cedente de los derechos.

Para poder disfrutar de la relación de fotos, mapas a color y otro material adicional relacionado con la lectura de la presente obra ponemos a disposición del lector el siguiente sitio web exclusivo:

<http://www.edicionesplatea.com/patton>

# Índice

<i>INTRODUCCIÓN por Rick Atkinson</i> .....	13
<b>PARTE I – CARTAS ABIERTAS DESDE ÁFRICA Y SICILIA</b> .....	25
<i>Capítulo 1</i>	
<i>Operación «Torch»</i> .....	27
<i>El Norte de África</i> .....	29
<i>Capítulo 2</i>	
<i>Operación «Husky»</i> .....	67
<i>La invasión de Sicilia</i> .....	68
<b>PARTE II – OPERACIÓN «OVERLORD»</b> .....	95
<i>Capítulo 1</i>	
<i>La Campaña de Fancia, Avranches, de Brest al Mosela. 1 de agosto-24 de septiembre de 1944</i> .....	97
<i>Recorriendo Francia con un Ejército</i> .....	99
<i>Capítulo 2</i>	
<i>Forzando la línea del Mosela. 25 de septiembre-7 de noviembre de 1944</i> .....	137
<i>El Diluvio</i> .....	138
<i>Capítulo 3</i>	
<i>La toma de Metz y la Campaña del Sarre 8 de noviembre-8 de diciembre de 1944</i> .....	159
<i>Atrapados en el barro</i> .....	161
<i>Capítulo 4</i>	
<i>La Campaña de Bastogne-St. Vith «Las Ardenas» 19 de diciembre-28 de enero de 1945</i> .....	183
<i>Las Ardenas</i> .....	185

<i>Capítulo 5</i>	
<i>Del Eifel al Rin y la toma de Tréveris</i>	
<i>29 de enero-12 de marzo de 1945</i> .....	213
Muchos ríos y defensa pasiva.....	215

<i>Capítulo 6</i>	
<i>La toma de Coblenza y la Campaña del Palatinado</i>	
<i>13 de marzo-21 de marzo de 1945</i> .....	235
El principio del fin.....	236

<i>Capítulo 7</i>	
<i>Forzando el Rin, Francfort del Meno, y más allá del Mulde. 22 de marzo-21 de abril de 1945</i> .....	
	247
«El Rin, el Rin, el Rin alemán».....	249

<i>Capítulo 8</i>	
<i>El cruce del Danubio y la entrada en Checoslovaquia y Austria. 22 de abril-9 de mayo de 1945</i> .....	
	277
El último asalto.....	279

PARTE III – EN RETROSPECTIVA..... 297

<i>Capítulo 1</i>	
Reflexiones y sugerencias.....	299

<i>Capítulo 2</i>	
Ganándome la paga.....	325

APÉNDICES

A Operación «Torch».....	345
B Composición del II Cuerpo.....	346
C Operación «Husky».....	347
D Cartas de Instrucciones.....	348
E Composición de un ejército.....	368
F Relación de los principales oficiales de estado mayor.....	369
G Cuerpos de Ejército que sirvieron con el Tercer Ejército.....	370
H Divisiones que sirvieron con el Tercer Ejército.....	372

# Mapas

Campañas del Tercer Ejército de Estados Unidos.....	8
Campaña del Norte de África – África noroccidental francesa.....	30
Campaña de Sicilia – Operación «Husky».....	66
Disposición y avance de las tropas del Tercer Ejército de EEUU <i>1 al 14 de agosto de 1944</i> .....	112
Disposición y avance de las tropas del Tercer Ejército de EEUU <i>31 de agosto de 1944</i> .....	124
Disposición y avance del Tercer Ejército de EEUU hasta el <i>15 de septiembre de 1944</i> , y Situación táctica el <i>25 de septiembre</i> .....	141
Reanudación de la ofensiva – Avance del Tercer Ejército de EEUU. Línea de frente los días 8 de noviembre, <i>1 de diciembre y 19 de diciembre de 1944</i> .....	162
Avance de las tropas del Tercer Ejército de EEUU. Campaña de Bastogne-St. Vith. Línea de frente <i>el 22 de diciembre de diciembre de 1944, el 1 de enero de 1945 y el 31 de enero</i> .....	189
Tercer Ejército de EEUU. Redespiegue de elementos principales <i>22 de diciembre de 1944</i> .....	197
Final de la Campaña – «Del Eifel al Rin». Línea de frente <i>el 1 de febrero, el 1 de marzo y el 13 de marzo de 1945</i> .....	216
La toma de Coblenza y la Campaña del Palatinado. Línea de frente <i>el 13 de marzo y el 22 de marzo de 1945</i> .....	238
Cruzando el Rin, Francfort del Meno, y más allá del Mulde: <i>23 de marzo, 31 de marzo, 11 de abril y 21 de abril de 1945</i> .....	268
Avance de las divisiones del Tercer Ejército, <i>1-9 de mayo de 1945</i> y la situación enemiga, <i>9 de mayo de 1945</i> . El cruce del Danubio y la entrada en Checoslovaquia y Austria.....	284

*«Le daré mi espada al que deba sucederme en mi peregrinaje, y mi coraje y valía al que la pueda adquirir. Mis logros y cicatrices me los llevo conmigo, para que sean testigo de que he luchado Sus batallas, que ahora serán mi recompensa»  
Y así pasó y todas las trompetas sonaron en su honor al otro lado.*

El Progreso del Peregrino

# *Introducción*

*por Rick Atkinson*

Pocas figuras militares de la historia norteamericana han calado en el imaginario público de forma más implacable que George S. Patton, Jr. Medio siglo después de sus hazañas en el Norte de África, en Sicilia y a través de la Francia ocupada, su nombre aún evoca el ímpetu y el brío de una carga de caballería. Ha sido ampliamente considerado como el mejor comandante de campo del ejército estadounidense de la Segunda Guerra Mundial, y sin duda fue uno de los más temidos por los alemanes, que antes de Normandía le hicieron el cumplido de concentrar posiciones defensivas masivas contra un inexistente Grupo de Ejércitos Patton. Con el empleo de coronel provisional, a la edad de treinta y dos años, fue uno de los padres fundadores de la guerra blindada durante la Primera Guerra Mundial; para el Día de la Victoria en Europa en 1945 estaba al mando de dieciocho divisiones y 540.000 soldados, una fuerza comparable en tamaño al punto álgido del despliegue de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam, o a la fuerza expedicionaria en la Guerra del Golfo Pérsico. Como un Gran Capitán, nunca fue derrotado, «nuestro más grande general de combate», en palabras de Franklin Delano Roosevelt. El *New York Times* declaró en su obituario, «la Historia extendió la mano y abrazó al general George Patton. Su lugar está asegurado. Ha sido comparado a Jeb Stuart, Nathan Bedford Forrest y Phil Sheridan, pero él libró sus batallas en un campo de batalla más grande que el de cualquiera de ellos. No era un hombre de paz».

Sin duda no era un hombre de paz, pero su legado trasciende claramente a sus conquistas militares. Era complejo y contradictorio, era mítico y a su vez demasiado humano. Es la paradoja que cautiva de Patton. Era un guerrero luchando en el nombre de la democracia, aunque también un clasista impertinente y aristocrático con un despreciable tinte antisemita. Su devo-

ción por el soldado común rozaba la veneración y a pesar de ello, estuvo a punto de caer en desgracia y retirarse de la guerra por abofetear a dos soldados. Aparentaba una confianza y una convicción absolutas; en realidad era inseguro y a menudo un poco trastornado. Estaba bien instruido, tenía fluidez en francés, y como un niño rico privilegiado y marido de una heredera, en casa o en los salones de moda, podía ser también vulgar, grosero, y un completo estúpido. Su humildad parecía sincera; aunque admitía una «ambición personal desmedida» y una vez confesó que: «no me gusta la suciedad en absoluto salvo si se convierte en un medio para la fama». En el periodo de entreguerras, a la edad de cincuenta años, lloró amargamente tras leer el clásico de J. F. C. Fuller *Generalship, its Diseases and their cure* [*El Generalato: su enfermedad y su cura*], porque ochenta y nueve de los cien grandes generales incluidos eran más jóvenes que él.

Que Patton fuera «un hombre de talentos» —recurriendo a su conocida frase— es indiscutible. Pero la suma exacta de los mismos se ha mantenido huidiza. Aunque era un místico que creía en la reencarnación y en su facultad para tener premoniciones, también fue un devoto Episcopaliano, a menudo de rodillas en súplica (aunque su particular fe prescribía que un verdadero caballero debía ser capaz de maldecir durante tres minutos sin repetirse). Como guerrero, su prescripción fundamental para hacer la guerra consistía en «ataques violentos en todo lugar y con todo lo disponible»; y aún así, consideraba el bombardeo de alfombra de las ciudades alemanas «bárbaro, inútil y sádico». Sentía verdadera pasión a la hora de matar soldados enemigos por miles, pero su reticencia a desnazificar la Alemania de posguerra se convirtió en un escándalo nacional. Y pese a ser un soldado sencillo, también era un gran revoltijo de manías calculadas. Al final de la guerra no llevaba cuatro estrellas sino veintiocho: cuatro en cada hombro, cuatro en cada pico del cuello de la camisa, cuatro en su casco y cuatro en las cachas nacaradas de sus revólveres. El hombre sabía como poner una pose.

«Cuando no estoy atacando», le escribió Patton a su esposa Beatrice, poco antes de la batalla de Las Ardenas, «me pongo de mal humor». En realidad, podía estar malhumorado en cualquier circunstancia. Para sus superiores era un desafío constante. «Georgie, hablas demasiado», llegó a decirle Dwight D. Eisenhower. Éste, que una vez se refirió a Patton como «ese oficial mentalmente desequilibrado», también le dijo a George Marshall: «Patton es un hombre problemático, pero es un gran líder de combate en la persecución y en la explotación». Un comandante de división describió al general como «inestimable en la guerra... aunque un elemento inquietante en tiempo de paz». Patton se sentía halagado. Pero quizá el epitafio que más hubiera apreciado vino de la mano de uno de sus soldados antes de la invasión aliada de Francia: «aquí hubo un hombre por el que irías al infierno y volverías».

Era sintomático de su mística que después de que muriera en un extraño accidente de tráfico en diciembre de 1945 los teóricos de la conspiración postularan un centenar de complots para demostrar que había sido asesinado. El que fuese un simple mortal parecía demasiado increíble. Había estado en movimiento durante tanto tiempo que un mero alcance con un coche no parecía que pudiera detenerlo. Es el impulso de ese movimiento el que ha traído su leyenda hasta el momento actual. Su biógrafo, Ladislav Farago, comparó a Patton con Daniel Webster, «una “máquina de vapor con pantalones”, un profesional soberbio con una energía interior que lo empujaba hacia delante cuando otros decidían detenerse». Él vive en su mito y en su memoria.

La muerte prematura de Patton, lamentó también Farago, «desbarató lo que podría haber sido el mejor libro sobre la Segunda Guerra Mundial». Sin la gran autobiografía que Patton pudiera haber, y ciertamente hubiera, escrito, solo nos queda esta memoria de guerra póstuma que el general, recogiendo de sus diarios, escribió al finalizar la contienda. También se incluyen en esta obra las cartas de su marido que Beatrice creyó pertinentes para su publicación en 1947. El resultado, *La Guerra Como La Conocí*, no pretende ser un sustituto de un estudio más extenso. Es a ratos crudo y brutal, rico e ingenioso, de historias de combate y de cuadernos de viaje. Como escribió el historiador Douglas Southall Freeman en la introducción original del libro, Patton garabateó sus observaciones «cuando el fragor y la emoción de la batalla estaban todavía frescos». En cada página notamos que ahí está lo verdaderamente auténtico.

Patton empezó a escribir un diario cuando era cadete de West Point en 1905, y nunca dejó el hábito. Llevó un diario completo desde julio de 1942 hasta el 5 de diciembre de 1945, cuatro días antes del accidente que le arrebató la vida. En una profesión que no tiene fama de contar con pensadores de altura, sirvió durante mucho tiempo al ejército como una especie de intelectual de la casa. Para Patton el pasado era la puerta hacia el futuro; el cuidadoso estudio de las experiencias de otros podía ofrecer una guía de valor incalculable a los problemas de los últimos tiempos. De este modo, atacó Francia leyendo *La Conquista Normanda* y estudiando la red de caminos utilizada por Guillermo el Conquistador un milenio antes, porque «los caminos utilizados en aquellos tiempos tenían que estar en terreno que fuera siempre practicable». Ya fuera como profesional o como filósofo del arte de la guerra, Patton se convirtió en un lector ávido, un estudioso devoto de la historia y un escritor prolífico. «Uno debe estar tan impregnado de sabiduría militar que tiene que hacer todo lo tocante a la milicia de manera automática», observó tras la Gran Guerra.

Su descripciones materiales en *La Guerra Como La Conocí* son a menudo hábiles y vívidas, ya sea describiendo la tonalidad del desierto al amanecer o contando como en invierno «la rápida congelación de los hombres muertos en combate los tornaba de una especie de color burdeos». Utilizó su diario y sus cartas como si fueran un bloc de ilustraciones, además de cómo un medio para dar rienda suelta a su malhumor. Marruecos está «lleno de almendros», que vistos desde el aire parecen «ramos fantasmales o retazos de telaraña cubierta de rocío». El Cairo es menos fascinante, «un sitio realmente repugnante. Parece, y la gente actúa, exactamente como lo hacían en Nueva York en 1928». En una cacería real en el Norte de África, con un millar de batidores levantando a los chacales y a los zorros, Patton relata como «el más grande y negro jabalí que haya visto nunca vino directamente hacia mí sobre las rocas y cuesta abajo. Le di en el ojo izquierdo con una bala a unos cuatro metros y medio, y su impulso lo llevó a caer lo suficientemente cerca como para salpicarme de sangre». Su relato de una pantera en el harén del sultán es divertidísimo, al igual que su posterior descripción de como trató de encender un fuego para Eisenhower en Francia oriental y accidentalmente prendió fuego al hotel.

Todo buen comandante debe ser un profesor competente, y el don de Patton para el aforismo, como podemos ver en estas memorias, ha tenido una influencia didáctica en generaciones de jóvenes soldados. Tales retazos breves de consejos como «cogedlos por la nariz y patearlos en los pantalones» y «una pinta [0,47 litros] de sudor salva un galón [3,8 litros] de sangre» fueron repetidos con gran profusión en los cuarteles generales del ejército norteamericano durante la Guerra del Golfo. A veces se sumerge en la historia buscando en la sabiduría de los tiempos, como en su adopción del «nunca te dejes aconsejar por tus miedos» de Stonewall Jackson. Pero sobre todo, su prosa es puro Patton, ya sea describiendo una batalla como «una orgía del desorden», o en su escalofriante bendición, «que Dios se apiade de mis enemigos; lo necesitarán».

Patton pasó toda una vida tratando de sintetizar las cualidades que separaban a un gran comandante de uno meramente competente. «El liderazgo es lo que gana las batallas», escribió una vez. «Yo lo tengo, pero que me aspen si logro definirlo». Sin duda había infabilidad en su éxito, un brebaje alquímico de carisma y suerte, de ceremonia y coraje. T. E. Lawrence<sup>1</sup> podría haber estado describiendo a Patton cuando escribió, «nueve décimas partes de las táctica son incuestionables y vienen enseñadas en los libros. Pero la décima parte es irracional, como el martín pescador centelleando a través del estanque, y esa es la prueba de los generales».

Y aun así, en la carrera de Patton vemos ciertos rasgos distintivos: una

---

1. Lawrence de Arabia (n. del t).

agresividad implacable y fe en la ofensiva, un asombroso instinto para adivinar las intenciones del enemigo y sus pretensiones, y una voluntad de acero a la hora de soportar una alta cantidad de bajas en el convencimiento de que la pusilanimidad se cobra un precio más alto en el largo plazo. Era un perfeccionista incansable, capaz de sumergirse en minucias sin perder de vista el horizonte. Para Patton el genio militar era una acumulación de detalles bordados en la tela de la estrategia de un comandante. De esta manera, afirma que las tropas de infantería pueden atacar de forma continua durante sesenta horas sin colapsar por el agotamiento; que los partes de acciones de combate «que sucedan después de oscurecer deben interpretarse con precaución [porque] siempre son exagerados»; que los generales siempre deben ir al frente en coche —visibles a la tropa— pero en la medida de lo posible deben regresar en avión «de manera que nunca te vean dirigiéndote a la retaguardia».

En cada pasaje de sus experiencias de combate Patton rezuma una autenticidad que fascina de la misma forma que a veces horroriza, ya sea en la descripción del bombardeo alemán de una población siciliana —«todo el mundo en el pueblo estuvo aullando como coyotes durante veinte minutos»— o en la liberación de campos de concentración, donde amargamente afirma que «como reductor del olor, la cal es un medio muy ineficiente». En algunas ocasiones las lecciones que da sencillamente se nos antojan hoy equivocadas y pueblerinas, como cuando culpa «a las enseñanzas fatalistas de Mahoma» de «la detención del progreso del árabe, [que] es exactamente igual que era alrededor del año 700, mientras nosotros hemos seguido progresando».

Y vemos, también la arrogancia rastrera, el orgullo desmedido que tan caro le costaría al ejército norteamericano en Vietnam. Resumiendo los logros de sus tropas a la hora de aplastar el contraataque alemán de diciembre de 1944, Patton, con un orgullo excusable, afirma haber avanzado «más lejos y más rápido, y haber empleado más divisiones en menos tiempo que ningún otro ejército en la historia de Estados Unidos —posiblemente en la historia del mundo... Ningún país puede resistir a semejante ejército».

En particular, estas memorias son valiosas por mostrar, aunque fuera de forma involuntaria, como una desastrosa presunción de invencibilidad se apoderó del cuerpo de oficiales que lideró las fuerzas armadas estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial. La generación de comandantes y oficiales de estado mayor de nivel medio que sirvieron con Patton y con otros de su índole habían aplastado de tal manera a los alemanes y a los japoneses que la idea de perder una guerra era para ellos impensable. Este orgullo engréido —«la enfermedad de la victoria» pudriría al ejército desde dentro, llevando a los comandantes futuros a subestimar a sus enemigos y a sobrestimar su propia habilidad en el campo de batalla. Trágicamente, el único antídoto

para la enfermedad de la victoria sería la humillación de la derrota. No es una coincidencia histórica que las notas de *La Guerra Como La Conocí* fueran escritas por el coronel Paul D. Harkins, que sirvió como subjefe del estado mayor y que más tarde se convirtió en general y comandante en jefe de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam durante los primeros años de esa guerra. Patton nos dio la victoria y, en ella, las semillas de la derrota.

Vástago de una saga de soldados y producto de un pedigrí militar tan rico, al joven Patton se le puede perdonar el haber asumido que había nacido para estar en el campo de batalla. Rastreó a sus antepasados hasta Hugh Mercer, que sirvió como cirujano en las Guerras Franco-Indias y posteriormente como oficial de combate en la Guerra de Independencia, hasta caer en la batalla de Princeton. El abuelo paterno del joven George, George S. Patton, fue brigadier general a los veintiséis años y comandante del Vigésimo segundo Regimiento de Virginia cuando murió en Cedar Creek en 1864; el hermano del brigadier, Walter T. Patton, murió al frente de un regimiento en la carga de Pickett en Gettysburg. El abuelo materno de George, Benjamín Davis Wilson, emigró al sur de California desde Tennessee, luchó bien como capitán en la guerra con México, tuvo buen casamiento posteriormente, y se convirtió en fundador del banco Anglo California.

«Estoy seguro de que tus antepasados están siempre contigo», dijo Patton una vez. «Están mirando. Esperan muchísimo de ti». Nacido entre los terratenientes de San Gabriel el 11 de noviembre de 1885, creció en el regazo de padres cariñosos que lo alentaron en su pasión por la caza, la pesca, y particularmente por la equitación. Aquejado de dislexia, la escuela se le hizo cuesta arriba pero logró superar su discapacidad para el aprendizaje y ser admitido en West Point. Patton necesitó cinco años para graduarse —suspendió las matemáticas de primer año— pero en 1909, siendo el número cuarenta y seis de una promoción de 103, obtuvo su despacho de segundo teniente en la caballería. Un año más tarde se casó con Beatrice Ayer, hija de un magnate textil de Nueva Inglaterra.

Ciertos rasgos del Patton general son claramente discernibles en el Patton teniente. Su pasión por la vida militar era tan fuerte que consideraba «tan natural para mí ser un soldado como respirar». Y también su amor por la aventura y las correrías. Era un atleta soberbio, que obtuvo la quinta posición en el pentatlón olímpico de 1912; su destreza como espadachín (insistía en que estocar con la punta era más eficaz que golpear con el filo) resultó ser decisiva en el rediseño de los sables del ejército. También sufrió tantos golpes fuertes en la cabeza en diversos percances en partidos de fútbol americano, polo y caídas de caballo que algunos autores piensan que podrían haber

contribuido a sus erráticos cambios de humor. Por último, Patton demostró ya desde época temprana un desagrado por las instituciones democráticas, que persistiría durante el resto de su vida. «Los pocos deben gobernar a los muchos por el “bien” de estos últimos», escribió a su padre en 1916. «Al infierno con la gente».

El éxito en combate llegó pronto; y la fama le siguió rápidamente. Después de que el mayor general Pershing se fijara en él, Patton sirvió como ayuda de campo de Black Jack<sup>2</sup> durante la expedición punitiva a México en 1916. Siendo parte integrante de la primera unidad motorizada del ejército estadounidense en entrar en combate, el joven oficial salió victorioso de un tiroteo salvaje con Julio Cárdenas, un teniente de Pancho Villa. Amarrando a dos mejicanos muertos a los guardabarros de su automóvil, Patton marchó de vuelta a su cuartel general y fue directo a los titulares de los periódicos como un héroe nacional. «Tenemos a un bandolero en nuestras filas», dijo Pershing exultante. «¡Este muchacho Patton! ¡Es un verdadero guerrero!»

Un año más tarde Patton se hallaba en Francia, encantado de estar allí. «La guerra», afirmó, «es el único lugar donde un hombre vive de verdad». Pero la guerra estaba cambiando rápidamente. Súbitamente, el querido sable de Patton había quedado tan obsoleto como la ballesta. Durante un breve periodo de tiempo se aferró a lo antiguo, pero pronto demostró la flexibilidad y la maña para la innovación que lo catapultarían al estatus de mariscal de campo. En el verano de 1917 había escrito un memorando en el que desenmascaraba al novedoso «tanque» afirmando que «no valía una mierda». Sin embargo, tras presenciar la penetración blindada británica en Cambrai en noviembre, Patton se convirtió. «Estoy seguro de que los carros de combate jugarán de algún modo un destacado papel en todas las guerras futuras», escribió a Beatrice en enero de 1918.

El joven oficial se convirtió en el primer miembro del Cuerpo de Tanques estadounidense y dirigió la nueva escuela de carros norteamericana en Francia. Cuando llegó por ferrocarril la primera entrega de veintidós carros Renault, el mayor Patton tuvo que sacar personalmente cada uno de ellos de las plataformas de carga del tren porque era el único oficial estadounidense que sabía conducirlos. Cuando empezaron a escasear las piezas de repuesto, hizo perdidos por correo de transmisiones y rodamientos de cadena a Sears y Roebuck, pagándolo de su propio bolsillo. Posteriormente mandó el Primer Batallón de Tanques Ligeros y, más tarde, la Primera Brigada de Tanques. Como J. F. C. Fuller, jefe del Real Cuerpo de Tanques, Patton concibió el empleo de blindados no como una lucha carro contra carro, sino como medio para efectuar penetraciones en las líneas enemigas y destruirlo todo en la retaguardia.

---

2. Apodo con el que se conocía al general Pershing (n. del t.).

Su oportunidad de convertir su teoría en práctica llegó en 1918, cuando sus carros ayudaron a los soldados del brigadier general Douglas MacArthur de la 42.<sup>a</sup> División en la toma de Essen y luego continuaron presionando hasta Pannes. Patton recibió un disparo en la pierna mientras dirigía un ataque en la ofensiva del Mosa-Argonne. Ganaría la Cruz de Servicio Distinguido por su valor, y el Corazón Púrpura.

Como los demás soldados de su generación, Patton empleó las dos largas décadas del periodo de entreguerras para pensar y escribir, y para mejorar sin descanso la profesión de las armas. Más allá de un interés entusiasta por los desarrollos tecnológicos de los vehículos blindados y los aviones, siguió conservando una creencia fanática en la importancia de estar física y mentalmente preparado para luchar. Incluso en los años 1920, en los que había un hastío de la guerra, reprendía a los oficiales subalternos: «debéis instruiros en la ferocidad». También, como oficial más rico del ejército, con un zapatero en Londres y sus abrigo confeccionados en Savile Row, podía llevar un estilo de vida muy superior al de la mayoría de los militares. Y aun así fue languideciendo en el periodo de paz, barajando finalmente la posibilidad de retirarse como teniente coronel en 1937. Un tío suyo lo convenció para que no lo hiciera, advirtiéndole que «va a haber una guerra endemoniada —van a volar todo lo que hay en el mapa».

Tras la invasión nazi de Europa occidental, George Marshall creó un arma blindada independiente (anteriormente los carristas habían formado parte de la infantería) y le dio a Patton el mando de una brigada en la 2.<sup>a</sup> División Acorazada. Durante las maniobras de 1941 en Tennessee, Luisiana, y la parte oriental de Texas, Patton causó gran alboroto corriendo frenéticamente con sus carros de combate, capturando puestos de mando y cortando líneas de comunicación. Salió exultante de los estragos causados, conocedor entonces de que el interludio de paz de dos décadas estaba a punto de terminar.

Y llegó de nuevo la guerra. Ascendido a mayor general, Patton mandaba en noviembre de 1942 la Fuerza Operativa Occidental de la Operación Torch, la invasión norteamericana del Norte de África. Con tres divisiones y treinta y cuatro mil hombres bajo su mando, desembarcó en la costa atlántica de Marruecos, complementando otros ataques en las inmediaciones de Argel y Orán, en la costa mediterránea. Con esa típica teatralidad que le caracterizaba, se había comprometido con Roosevelt a «abandonar las playas como un conquistador o como un cadáver». Fue como conquistador, aunque uno con un toque aterciopelado. Esperando restablecer las relaciones franco-norteamericanas, se inclinó por la indulgencia, permitiendo que continuara el control de Vichy en su protectorado y haciendo la vista gorda respecto a ciertas medidas antisemitas impuestas por los administradores franceses.

Pero el verdadero territorio de Patton era la guerra, no la administración. En marzo de 1943, Eisenhower le dio el mando del II Cuerpo, que había quedado gravemente maltrecho a manos de los alemanes en el Paso de Kasserine. Sin mostrar nunca una inclinación por empequeñecer sus ambiciones, Patton escribió: «es mi destino dirigir el más grande ejército que se haya reunido nunca bajo una bandera y aplastar a los alemanes con él».

Y aplastó a los alemanes, esta vez en Sicilia. Aunque su plan para la Operación Husky fue desbaratado por el general británico Bernard Montgomery —el comienzo de una larga y agria rivalidad— jugó brillantemente lo que era una mala mano. Con ochenta y seis mil soldados de su Séptimo Ejército, simplemente se negó a proteger el flanco británico. En una carrera por toda la isla en el sentido de las agujas del reloj, los norteamericanos tomaron Palermo el 22 de julio de 1943, y Mesina —antes de que los británicos llegaran— el 16 de agosto. La campaña duró treinta y ocho días desde el desembarco hasta la conquista final, y capturó cuarenta y cuatro mil prisioneros.

Luego, la infame bofetada que se oyó en todo el mundo<sup>3</sup>. Las memorias de Patton ofrecen un breve descargo del episodio, pero estuvo a punto de arruinar su vida. A principios de agosto, cuando visitaba a soldados heridos en Sicilia, el comandante abofeteó a un soldado al que le habían diagnosticado el síndrome de fatiga de combate<sup>4</sup>. Patton lo llamó cobardía; un examen posterior reveló que el hombre tenía también malaria y disentería. Una semana más tarde Patton repitió su comportamiento con otro soldado, y esta vez hizo ademán de sacar su pistola como si fuera a disparar al desgraciado. El hecho llegó pronto a oídos de Eisenhower, que en efecto relevó a su subordinado. Patton se disculpó públicamente pero en privado siguió sin mostrar signos de arrepentimiento. «Si los otros oficiales hubieran tenido el coraje de hacer lo mismo», escribió, «el vergonzoso empleo del término “fatiga de combate” como excusa para la cobardía se hubiera reducido en gran medida».

Afortunadamente para las ambiciones de Patton, la guerra estaba lejos de terminar. Tenía demasiado talento como comandante de combate como para que estuviera apartado mucho tiempo y Eisenhower —con recelos— lo rehabilitó ofreciéndole el mando del recién creado Tercer Ejército en la primavera de 1944. Declarado operacional oficialmente en Francia a finales de julio, la fuerza constituía la punta de la cabeza de la lanza para la ruptura norteamericana desde Normandía. Pronto el portento de la naturaleza de Patton estaba atacando en tres direcciones a través de Francia; para el 25 de septiembre había llegado al río Mosela al norte de Metz. El Reich de los Mil

3. Atkinson hace un paralelismo con *el disparo que se oyó en todo el mundo*, una frase histórica de Estados Unidos que hace referencia al comienzo de la Guerra de Independencia norteamericana, cuando supuestamente el primer soldado británico disparó contra los patriotas norteamericanos en Concord (n. del t.).

4. Hoy conocido como *Trastorno Por Estrés Postraumático* o TEPT (n. del t.).

Años estaba agonizando.

En *La Guerra Como La Conoci*, Patton expone sus quejas respecto a varias decisiones tácticas y estratégicas aliadas que han mantenido ocupados a los historiadores militares durante cincuenta años. Su caso es de calado, conformado generalmente a expensas de los lentos comandantes británicos y norteamericanos que él considera dominados. Critica, por ejemplo, el fracaso de Omar Bradley a la hora de cercar a los alemanes en Falaise en Francia occidental, permitiendo que escaparan decenas de miles para luchar otro día. Pero las quejas más amargas de Patton están reservadas para la decisión de Eisenhower de ralentizar el avance del Tercer Ejército a través de Francia oriental; la inclinación del Comandante Supremo de avanzar en un «frente amplio» —manteniendo a los británicos en el norte alineados con los norteamericanos en el sur— permitió que las defensas alemanas se endurecieran, argumenta Patton, e hicieron posible la sangrienta ofensiva de Hitler en las Ardenas, conocida como el Saliente. Los desgarradores aullidos de Patton llegan hasta nuestros días, al censurarlo como «el error trascendental de la guerra».

Aún así, había todavía mucha gloria por ganar. La hazaña de Patton en la Batalla del Saliente —girando de forma abrupta a su ejército y rodando ciento sesenta kilómetros a través de los gélidos bosques de las Ardenas para embestir a los alemanes en el flanco con diecisiete divisiones— quedará entre las campañas más legendarias de la guerra moderna. También su avance sobre Tréveris (cuando Eisenhower sugirió que sorteara la ciudad alemana fuertemente fortificada, Patton replicó: «he tomado Tréveris con dos divisiones. ¿Qué quieres que haga, devolverla?») y la deslumbrante destrucción de dos ejércitos alemanes en el Palatinado.

Aunque rara vez haya recibido la atención de las campañas anteriores de Patton, su avance a través de Alemania occidental y la conquista del Sarre puso de manifiesto su gran elegancia como general. En esta ocasión Patton mostró versatilidad e ingenio. En menos de dos semanas puso a una docena de divisiones al otro lado del Mosela, efectuó una maniobra envolvente detrás de las líneas enemigas, capturó más de sesenta mil prisioneros enemigos y conquistó 25.900 kilómetros cuadrados de territorio. Aquí, también, se elevó por encima de los méritos de un comandante de carros de combate para demostrar una maestría poco común en el manejo de armas combinadas, la intrincada interacción de infantería, artillería, blindados y aviación.

Cuando los alemanes capitularon al fin, estaba acampado en Checoslovaquia, alternando sus bramidos por la negativa de Ike a dejarle tomar Praga con amenazadoras murmuraciones sobre la traición soviética. «Si fuera necesario combatir contra los rusos», confió en su diario, «cuanto antes mejor».

Su hora le llegó en pleno escenario, pero Patton la trascendió. Los últimos seis meses de su vida fueron de gloria y de patetismo a partes iguales. Nombrado gobernador militar de Baviera se mostró reticente, con tintes de insubordinación, a llevar a efecto el programa de desnazificación de Eisenhower. Patton había visto las atrocidades del Tercer Reich de cerca; incluso obligó a los ciudadanos de Weimar a visitar el cercano campo de Buchenwald. Pero creía que obtendría «mejores resultados» empleando a antiguos miembros del partido nazi como administradores. «En vez de matar alemanes, que es lo que mejor sabe hacer, se le pide a Patton que los gobierne, de lo que sabe poco», observó uno de sus oficiales. «No funcionará».

Y no lo hizo. Sin poder ya atacar se volvió bilioso. A finales del verano de 1945 Patton se había vuelto arrogante, desafiante y errático. Todavía siguió mostrando destellos graciosos, diciéndole a Bea, por ejemplo, que la Baviera ocupada estaba «llena de chicas preciosas, todas las cuales dicen ser checas». Pero también mostraba signos de estar convirtiéndose en un loco de remate. Denunció una «influencia semita en la prensa» y sugirió que los judíos «están por debajo de los animales», como ha mostrado el editor de sus cartas, Martin Blumenson. Cuando un millón de seguidores acudieron a vitorear al héroe que regresaba ese verano a Boston, Patton deslució la bienvenida sugiriendo que algunos soldados de los que habían dado sus vidas en combate eran «tontos». El escritor Dwight Macdonald lo tildó de «bruto e histérico, grosero y cursi, violento y vacío».

El 2 de octubre de 1945, Eisenhower separó a Patton del Tercer Ejército y lo relevó como gobernador militar de Baviera. Para evitar la humillación pública le dieron el mando, en gran medida nominal, del Decimoquinto Ejército. A Bea le escribió, «mi cabeza, aunque ensangrentada, sigue erguida».

Dos meses más tarde, poco antes de tener que abandonar Alemania, Patton se dirigía a cazar faisanes cerca de Mannheim cuando su coche colisionó con un camión. Nadie más resultó herido. Pero el viejo soldado, sentado en el asiento trasero, fue lanzado contra el asiento delantero con fuerza suficiente como para romperse el cuello. Durante once días, ingresado en el hospital militar de Heidelberg, incapaz de moverse, luchó contra el dolor, contra la depresión y contra la muerte. Fue atendido por catorce médicos, incluyendo a cuatro neurocirujanos; la avalancha de ánimos y buenos deseos de sus compatriotas fue asombrosa. Justo cuando parecía que se estabilizaba lo suficiente como para poder ser trasladado a un hospital de Massachussets sufrió una repentina recaída. A las 17:45 horas del 21 de diciembre de 1945 murió George Patton de un edema pulmonar y una insuficiencia cardiaca congestiva. Tenía sesenta y seis años. Uno de sus médicos escribió, «Patton murió como vivió. Valientemente».

Tras un funeral propio de un jefe de estado recibió sepultura para su des-

canso eterno en una neblinosa mañana de diciembre entre seis mil de sus hombres, enterrados en el cementerio militar norteamericano de Hamm en Luxemburgo. Un pelotón de fusileros efectuó las tres salvas de honor tradicionales.

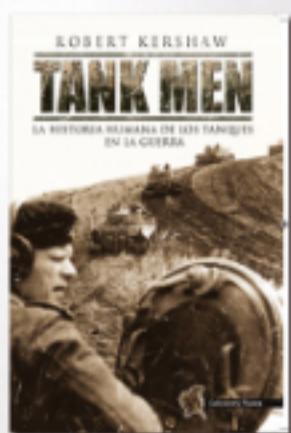
Él mismo había escrito su propio epitafio, el réquiem de un soldado: «Si es mi destino morir, permíteme que lo haga con coraje y honor, en una manera que inflija el mayor daño posible al enemigo, y por favor, oh Señor, protege y guía a aquellos a los que deba dejar atrás». Resulta tentador decir que nunca volveremos a ver a un hombre semejante. Pero teniendo en cuenta la acusada creencia de Patton en la reencarnación, tal afirmación bien podría resultar prematura.

Rick Atkinson

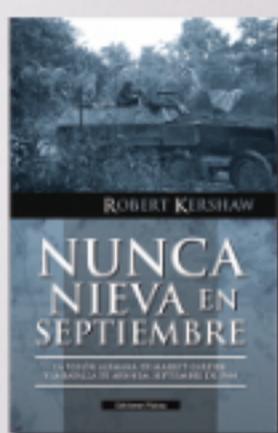
Berlín

Enero de 1995

# Otros títulos de Ediciones Platea



Tank Men



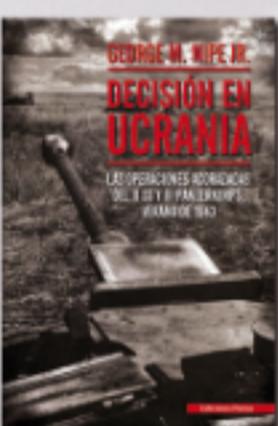
Nunca nieva en Septiembre



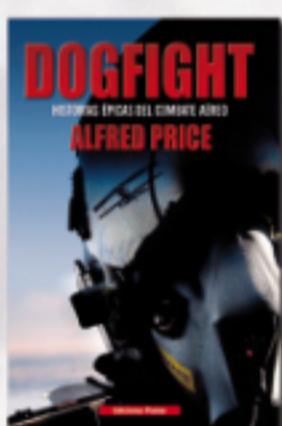
Tigres en el Barro



El Mito de la Blitzkrieg



Decisión en Ucrania



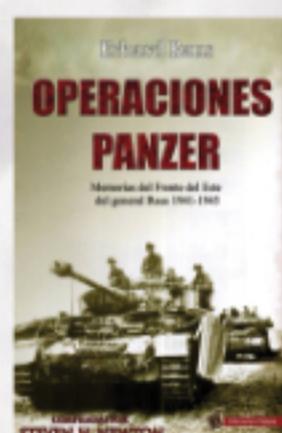
Dogfight



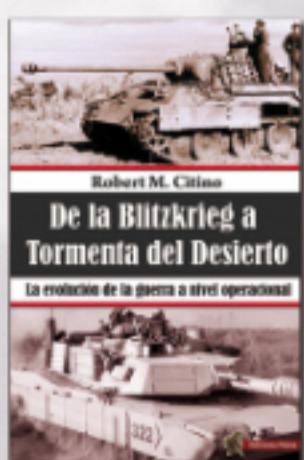
La Wehrmacht se Retira



Sky Men



Operaciones Panzer



De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto

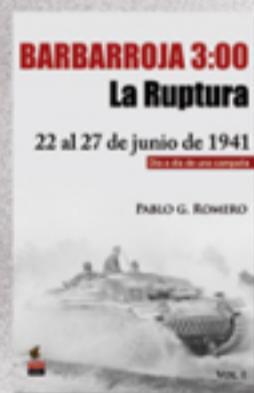


Granaderos



Batallas de la Guerra de los Treinta Años

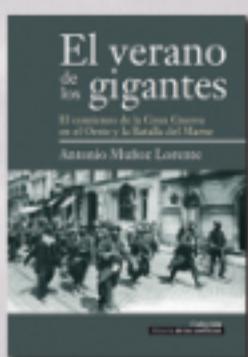
## Colección Platea Series:



Barbarroja 3:00. La ruptura  
Vol. I



## Colección Historia de los Conflictos



El Verano de los Gigantes



Los Tercios de Flandes en Alemania



La Guerra de Frisia



Los Tercios en el Mediterráneo

Disponibles en [www.edicionesplatea.com](http://www.edicionesplatea.com)